

ARAITZ, Valle idílico

por Juan María Feliú

EL valle de Araitz es como una granada municipal, formada por varios pueblos: Arriba, Atallo, Azkarate, Gainza, Inza, Uztegi y Betelu.

El pueblo de Azpíroz, geográficamente perteneciente al valle de Araitz, magnífica balconada, cuya fotografía ilustra estas líneas, es, asimismo, como una granada de casas; casas sueltas, individuales, de cuatro paredes y una cruz dentro, con cuerpo de piedras grises y almas luminosas, formando corro de danza en la ladera de un valle redondo y profundo, cogidas de las manos con pañuelos de hojas secas, de ramas de árboles y vuelos de palomas. Todos los otros pueblecitos son idénticos. Inza participa de la misma armonía, tan bucólica como sus vecinas. Nuestra tentación es tal que en poco tiempo descendemos al valle.

La iglesia de Inza entra también en la atrayente danza. Como una casa más. Parece que se cae de puro vieja. Tiene un reloj, cuya esfera cuadrada le sobresale un paretal de la torre como una oreja.

Un reloj tan viejo y tan solitario, ¿puede marcar las horas tensas y precipitadas de los tiempos actuales? Puede, ya lo creo que puede. En medio del corro de baserris grises y blancos hay una escuela de cemento armado y amplios ventanales. En los zaguanes de grandes losas y en los cobertizos, donde antes se guardaban las carretas, hay ahora tractores y el utilitario «seiscientos».

El valle de Araitz es uno de los «txokos» más pintorescos de Navarra, entrando por el estrecho pasillo del Araxes. Parte se muestra ante los ojos del viajero que marcha por la carretera general, cruzando Betelu; pero parte se halla escondido, separado de la ruta con biombos de pequeños montes. Azkarate, Uztegi, Gainza, Inza; cada uno de estos pueblos instalados en sus valles particulares, son como reservados, como rincones íntimos de nuestra gran casa solar vasca. Cada pueblecito tiene su regata que baja al Araxes aún limpio de toda polución, y su carretera que va a la general de Iruña a Donostia.

El reloj de la torre de Inza, ¿habrá marcado horas solemnes? Pues ya lo creo; horas solemnes y horas sin significado; la del akelarre en las cumbres de los montes, la del recreo para los niños en la escuela, la misa primera, el «amaiketako», la del trabajo, la de levantarse, la de verdad, la hora de la muerte.

El reloj de Inza está orientado hacia las altivas crestas de las Malloas de Aralar. ¿Quiénes, desde esas alturas necesitan volverse hacia él para poner sus relojes en hora? ¿Quién se encarga de dar cuerda a ese reloj, que mide el tiempo de la naturaleza, más que el de los hombres? Los pájaros



Las Malloas desde Azpíroz.—(Foto Juan M.^a Feliú.)

dormidos en las ramas saben por él cuándo va a salir el sol. Las ovejas en los pastos cuentan las horas y las medias. El gallo canta cuando la manecilla de ese reloj, como una batuta, le da la entrada. Las «sorgiñas» saben cuándo es la media noche.

El tiempo pasado no vuelve, pero podemos engañarnos retrasando las agujas del reloj. Desde Inza, por encima de la torre de la iglesia, se ve con gran esbeltez el picacho de Balerdi. El nombre de esta montaña tiene sonoridades y ecos de frontón cerrado, alusiones a mañanas de domingo con partido de pelota o apuesta de «aizkora» en frontón abierto. Las palomas del otoño, cuando pasan, tienen miedo de ser cazadas, como pelotas, por la enorme uña de gavilán como una cesta de remonte. El Balerdi retrasa el reloj de todos cuantos contemplan la punta más septentrional de las Malloas de Aralar.

La hierba, el roble, el helecho y la flor; el trigo y el maíz son manantial de vida, cuyo origen se pierde en la sombra de los tiempos para este valle que sobran los relojes.

El euskera, la lengua de siempre, se repliega en la montaña negándose a que le marquen las horas del reloj. Pero al euskera le pasa como a las Malloas, es nieve que se va derritiendo, agua que baja con la corriente del río, para no volver a subir...